



Donativo: 2 euros

AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS Y
HERMANDADES
DE LA CIUDAD DE JAÉN

PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
DE JAÉN
2013

M. I. SR. D. FRANCISCO JUAN MARTÍNEZ ROJAS

PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
DE JAÉN
2013

M. I. SR. D. FRANCISCO JUAN MARTÍNEZ ROJAS

PÓRTICO

¡Oh, Jesús Nazareno, que quiere decir florido, cuán suave es tu olor, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salvación. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, sino con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor de mí. Mas ¡ay de mí, y cuánta vergüenza cubre mi faz, y cuánto dolor mi corazón!; porque siendo tan amado por ti, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh cuán mal me parece nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que te desnudases de esta ropa, tomando descanso? [...] ¡Oh, que no descansaste, porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para ti, y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien, mirándote a ti, se amase a sí mismo y no a ti, gran injuria te hace. Quien, viéndote tal, huyere de lo que a ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser semejante a ti.

Más quiero tener a ti, aunque todo lo otro me falte –que ni es todo ni parte, sino miseria y pura nada-, que estar yo de otro color que tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; empero, ser tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque tú eres el bien verdadero (S. Juan de Ávila, Carta 58).

Como pregonero de la Semana Santa de Jaén del año de gracia de 2013, he querido, como pórtico de este pregón, empezar mis palabras con una oración a Cristo Crucificado de San Juan de Ávila, el Maestro, el Apóstol de Andalucía, a quien Su Santidad Benedicto XVI declaró doctor de la Iglesia, el pasado 7 de octubre, al inicio

del presente curso pastoral. Maestro de santos, pedagogo a lo divino, Ávila sembró a raudales la devoción a Cristo crucificado en esta bendita tierra del Santo Reino de Jaén, y nuestras hermandades y cofradías de Pasión son deudoras, en gran parte, de su rico magisterio, modelado a golpe de oración intensa, predicación ardiente y sabios escritos, en los que podemos seguir alimentando nuestra espiritualidad.

Soy el pregonero de la Semana Santa de Jaén del año de gracia de 2013, Año de la Fe. Con las palabras del Santo Maestro, le pregunto a Jesús Nazareno: *Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo?* La respuesta es sencilla y cabal. El Amigo, con mayúsculas, se ha valido de la amistad, con minúscula, para que sea su pregonero. En efecto, si he aceptado esta encomienda, ha sido por amistad. Yo, que tengo la santa libertad de los hijos de Dios para decir que no cuando es necesario, no puedo sino sentirme desarmado y decir sí cuando un amigo me pide algo. Como hizo a principios de octubre mi buen amigo Pepe Paulano, Presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de la Ciudad de Jaén, para que corriese a mi cargo el Pregón de la Semana Santa de este año.

Una tarea difícil se me ha encomendado: ser pregonero de la Semana Santa de la capital del Santo Reino. Y califico de difícil esta misión porque yo no soy hombre de pregones, al menos en la acepción que habitualmente se tiene de este género oratorio y literario por los lares meridionales de la geografía peninsular. Las musas no derramaron sobre mí el hálito literario de los eximios poetas que me han precedido en esta difícil cátedra, y carezco de conocimientos costumbristas para glosar nuestra Semana Mayor sacando a la luz, del baúl de la historia, recuerdos y anécdotas que ya pasaron, y que se pierden en la bruma de la historia, desdibujadas por el olvido de la memoria. No pretendo, por otra parte, cambiar de registro oratorio para sermonear fuera del ámbito litúrgico al sufrido y amable auditorio a quien tengo el honor de dirigirme en esta mañana de marzo. No teman por eso.

Si como define el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, pregonar es *publicar, hacer notorio en voz alta algo para que llegue a conocimiento de todos*, como creyente y como sacerdote que soy, sólo pretendo, sin grandes ambiciones, pregonar la Semana Santa de esta ciudad. Esa Semana Santa de hoy, objeto de crítica para los que no aceptan el hecho de la participación multitudinaria en cultos y procesiones; esa Semana Santa que es cumplimiento riguroso para los que con la sinceridad del hombre de bien celebran el misterio pascual de Cristo; esa Semana Santa, simple espectáculo estético, cultural o folclórico para los que desde una ignorancia crasa no aciertan a entrever en estos días la manifestación más clara del amor de Dios hacia la humanidad, y su celebración gozosa por parte de los redimidos. Porque todo eso son estos días y no otra cosa: la posibilidad de que Dios nos hable a todos, cristianos

y menos creyentes, conocedores de la tradición y desconocedores de su significado profundo. A todos, en estos días, Dios, por medio de Aquel que es su Palabra, su Hijo, Jesucristo, el Señor, vuelve a repetirnos, porque Él no se cansa, que nos ama con delirio hasta el extremo, y que sin Él nuestra existencia es un contrasentido y un drama sin feliz solución. Por ello, se impone un esfuerzo de atención para poder descubrir la autenticidad del misterio en el que creemos, donde, a pesar de los intentos de reducir la Semana Santa a un espectáculo cultural o folclórico, hay apreciables valores religiosos y cristianos, en una identificación de las propias raíces, raíces que sin la fe cristiana, no existirían. No lo olvidemos.

La Semana Santa es semana de manifestación pública de fe, que debe ser entendida desde la eclesialidad, el sentirse Iglesia, sin separación del tronco vital que ésta supone para todo creyente, para cualquier cofrade. Precisamente en estos días nos hemos sentido más Iglesia con motivo de la renuncia de Benedicto XVI al Papado y la elección de su sucesor, el miércoles pasado, el nuevo Papa Francisco.

La Semana Santa es una compleja realidad donde no pueden tener cabida protagonismos estériles, sino que todos los esfuerzos deben estar dirigidos a la búsqueda permanente del servicio al bien y al ejercicio de la más clara solidaridad. Por ello, todos los que nos sentimos Pueblo de Dios debemos eliminar cualquier atisbo de menosprecio a otras personas por no seguir determinados cánones, por no compartir nuestros puntos de vista, por no formar parte de nuestras tradiciones, recordando las palabras de Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* donde recordaba que la representación de la Semana Santa por las Cofradías es una realidad tan rica como amenazada en ocasiones.

Vivimos tiempos de desafección hacia la Iglesia, no sólo por quienes se consideran fuera de su comunión, sino aun por parte de bautizados, que manifestando incluso pretensiones y alardes de compromiso evangélico, parecen no sentirse a gusto en el seno de esta gran familia de los hijos de Dios, Cuerpo místico de Cristo, santificado y guiado hacia el Reino por el Espíritu consolador. Sin ser del mundo, que cambia y está convulso, pero viviendo en él, no faltan creyentes que se sienten atraídos por los cantos de sirena de los nuevos dioses, manifestando una desazón existencial por tener que sentirse Iglesia, en un proceso de desencanto que desemboca en amargura hiriente, crítica y despechada hacia las estructuras eclesiales. Que cada cual se aplique la sentencia de San Cipriano de Cartago: *Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia como madre (De catholicae Ecclesiae unitate, 6)*.

Semana Santa es tiempo para hablar ante los sabios de este mundo, de nuestra fe, sin falsos cristianismos vergonzantes ni acomplejados; es tiempo de religiosidad creyente, cristiana, católica y compartida por muchos, con un gran arraigo tradicional,

acusadas expresiones simbólicas y plásticas, sin que falten otros ingredientes como la interioridad y hasta el intimismo religioso. No estaría de más recordar a todos los que formamos la Iglesia, que la religiosidad popular cuando está bien orientada mediante una pedagogía evangelizadora, contiene muchos valores y refleja una sed de Dios, que sólo los pobres y sencillos pueden conocer.

Semana Santa es representación de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo que, con su carga de religiosidad, es ejemplo para un pueblo necesitado de saber quién es Dios y qué es el hombre. Semana Santa es, por decirlo con una metáfora, masticar la fe cristiana para hacerla accesible al lenguaje del pueblo, y en esa clave preciosa, encontrar siempre a Cristo y a su Madre, buscándonos y ofreciéndonos la salvación, a los giennenses de ayer, de hoy y de siempre.

Semana Santa es Pasión cristiana, marcada por los hombres y mujeres que la hacen posible para que todos, creyentes o no, se identifiquen con esta celebración, pues por todos muere y resucita Cristo Jesús.

Por ello, quiero pregonar la Semana Santa de Jaén del año de gracia de 2013. Y es mi deseo más ferviente, mi anhelo más íntimo que todos sepan que, un año más, por obra y arte de sus Cofradías y Hermandades de Pasión, Jaén se convertirá en una nueva Jerusalén, en la que Cristo entrará manso y humilde a lomos de una Borriquilla, penetrando por las derruidas murallas del viejo Aurgi-Yayyan; partirá el pan con los suyos en su Santa y Última Cena como anticipo de la entrega de su propio cuerpo en la cruz; orará angustiado al Padre en uno de los Huertos de Olivos que circundan nuestra ciudad; será entregado a los sayones en su Prendimiento con el beso traicionero de nuestro pecado que enmascara la ingratitud con el noble ropaje de la amistad. Despojado de sus vestiduras, azotado y flagelado, lo presentarán al pueblo como un simple Cautivo. Y vociferado por la multitud que lo llama Jesús Nazareno, emprenderá el camino del Calvario cargado con la verdadera, la Vera Cruz, vencido por la Caída que le provoca el peso de nuestras culpas, hasta ser clavado en el madero redentor y exhalar el último respiro de su ser en su Expiración final. Un opaco Silencio rodeará al Ajusticiado tras su Buena Muerte, sacrificio que es prenda de Clemencia y Misericordia para nuestra Salud y salvación, hasta que manos piadosas lo coloquen Yacente en un Santo Sepulcro dejando a su bendita Madre, llena de Dolores, en una Soledad inmensa, que sólo romperá la Victoria definitiva del Resucitado en la mañana del primer día de la nueva creación, el Domingo de Resurrección.

SALUDO

No quiero proseguir mis palabras sin antes dirigir a todos los presentes un cordial y fraterno saludo, que se torna expresión de filial comunión al dirigirme, en primer lugar, al Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Jaén, Dr. Don Ramón del Hoyo López, cuya venia y autorización paterna solicito para este Pregón.

Saludo al Ilmo. Sr. Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Jaén y miembros de la Corporación Municipal aquí presentes, responsables de la búsqueda y consecución del auténtico bien común de nuestra ciudad.

Me es grato asimismo saludar al Sr. Presidente y Junta de Gobierno de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de la Ciudad de Jaén.

Saludo fraternalmente al Ilmo. Sr. Consiliario de la Agrupación de Cofradías de la Ciudad de Jaén, Vicario Episcopal de Pastoral y hermano sacerdote.

Vaya también mi saludo cordial a los Hermanos Mayores, miembros de Juntas de Gobierno de las Cofradías y Hermandades de Pasión y Gloria de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Jaén, guarda y defendimiento de los Reinos de Castilla.

Agradezco cordialmente la presentación que de mí ha hecho mi antecesor en este honroso puesto, D. Francisco Javier Palomo Marín.

A todos, cofrades, señoras y señores, amigos todos, mi agradecimiento sincero y profundo por su presencia y su paciencia.

AVE CRUX, SPES UNICA!

Dicen que pudo ser una hermosa leyenda, una historia fabulada, una narración fantaseante. No lo sé. Sólo sé lo que cuentan las crónicas: que, cuando allá por marzo o abril de 1246, la ciudad de Jaén y su rey Alhamar se rindieron a las armas de Castilla, el rey santo Fernando III plantó su espada en el alcázar conquistado, para que el signo de la cruz, inhiesta y confesante, presidiera la vida de la ciudad, que ya era de nuevo cristiana. Dicen que pudo ser una hermosa leyenda, una historia fabulada, una narración fantaseante. No lo sé. Sólo sé que desde entonces, la cruz levantada en el cerro de Santa Catalina ha desafiado vientos y lluvias, y cuando el inexorable paso del tiempo ha ido mermando la solidez de su madera, ha sido sustituida una y otra vez, las que han hecho falta, hasta que en 1951 la familia Balguerías costeó la cruz actual, construida con material más resistente a las inclemencias meteorológicas.

Acertadamente, a los pies del actual monumento, con mano diestra se cinceló el soneto a la Cruz del eximio poeta galduriense Antonio Almendros Aguilar, que con encendidos tonos líricos recoge y versifica la devoción del Santo Reino por la Cruz de Cristo en su más profundo y genuino sentido:

*Muere Jesús del Gólgota en la cumbre
con amor perdonando al que le hería;
siente desecho el corazón María
del dolor en la inmensa pesadumbre.
Se aleja con pavor la muchedumbre
cumplida ya la santa profecía;
tiembla la tierra; el lumínar del día
cegando a tanto horror, pierde su lumbre.
Se abren las tumbas, se desgarran el velo
y a impulsos del amor, grande y fecundo,
parece está la cruz, signo de duelo,
cerrando, augusta, con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando el mundo.*

¡Qué bien lo dijo el poeta! La cruz de Cristo cierra el profundo, llega hasta la hondura, hasta la entraña de nuestra vida y nuestra historia, señala el camino hacia nuestro destino definitivo, y abraza a todos los hombres y mujeres de Jaén. Por eso, la cruz del cerro de Santa Catalina no es sólo parte de la fisonomía urbana de Jaén, visible casi desde todos los puntos. No es sólo un elemento de la *skyline*, como se dice ahora. Va más allá, porque este recuerdo del madero salvador crea todo un paisaje espiritual en nuestra ciudad, que, desde Fernando III, pasando por Anton van den Wyngaerde, el pintor flamencó que retrató a la capital del antiguo reino de Jaén en 1567 y plasmó la cruz junto al castillo, llegando hasta nuestros días, es como broche que unifica y da sentido, expresa de manera sencilla pero maravillosa, que el amor redentor del profeta de Nazaret da sentido a la vida de Jaén.

Por eso la cruz ha sido para los giennenses de ayer y de hoy, y ojalá que lo sea para siempre, refugio ante la adversidad, consuelo en el desaliento, aliento ante las dificultades, amparo en las desgracias, bastión frente a los enemigos, luz en las tinieblas, parte irrenunciable de nuestra vida y de nuestra historia.

Un año más, a través de las cruces de guías de nuestras Cofradías y Hermandades, gracias a sus pasos de misterio, la única cruz de Cristo vuelve a salir a nuestras

calles y plazas, modeladas con fatiga a golpe de bullicio y prisa, para recordarnos que el madero salvador es el único camino cierto en medio del torbellino y la vorágine de los tiempos y los hombres, que nos ha tocado vivir. Un año más, la cruz nos recordará que es la llave segura que nos franquea el paso al destino último de la historia, colocado al final de esa gran travesía tumultuosa y transitada, que es la vida humana.

Un año más, nuestras Cofradías y Hermandades de Pasión, con su manifestación pública de fe, recordarán a quienes las contemplen que el mundo se agita y cambia, los hombres se suceden unos a otros en cadena continua y necesaria, pero la cruz permanece siempre. *Hay un tiempo para todo*, dice la Sagrada Escritura (Ecle 3,1-8); pero lo único intemporal es la cruz, porque su mensaje de amor no pasa nunca.

El próximo Viernes Santo volverá a resonar esa invitación que nos dirige la liturgia de la Iglesia: *Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo*. Miremos, pues, a Cristo clavado en la cruz, en el madero salvador. Contemplando a Jesús crucificado, que brote de nuestros labios y de nuestro corazón la misma confesión de fe del centurión en el Gólgota: *Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios* (Mc 16,39). Cristo necesita la confesión pública de nuestra fe, porque en esta época de relativismo, de cristianismo tibio y residual, que corre el serio peligro de convertir el ser creyente en algo privado, que si acaso se manifiesta públicamente lo hace de manera banal, con el ropaje colorista pero insustancial de un folclore intrascendente que poco o nada tiene que ver con la vivencia cotidiana de la fe; en esta era de confuso liberalismo tolerante que termina imponiendo una dictadura del relativismo, *muchos viven como enemigos de la cruz de Cristo* (Flp 3,18). Y contemplan la cruz con mirada aviesa y torcida, con vesania a veces inconfesable, reduciéndola a un objeto cultural, cuando no frívolo y superficial; y so capa de una pretendida pero inexistente tolerancia la quieren arrinconar, cuando no desterrar, o lo que es peor, borrar completamente de nuestra sociedad. Hoy, como ayer, para el mundo que se cierra a Dios, la cruz sigue siendo escándalo y locura, pero nosotros, los llamados en Cristo, a través de las hendiduras lllagadas del madero salvador descubrimos *la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios* (1Cor 1,18).

Que ese mensaje esperanzador sea el que nuestras Cofradías y Hermandades pregonen por las calles de Jaén en esta Semana Santa de 2013.

TRÍPTICO DE LAS VIRTUDES

Después de darle vueltas y más vueltas, intentando estructurar este Pregón, he decidido no seguir la modalidad a la que anteriores pregoneros han recurrido:

glosar la Semana Santa de Jaén, día por día, de Domingo de Ramos a Domingo de Resurrección, con referencias a las distintas Cofradías y Hermandades en el día en que hacen su estación de penitencia.

Al final me decidí por otra perspectiva. Yo quiero ofrecer un tríptico de las virtudes. Las teologales: fe, esperanza y caridad. Como sabéis, el tríptico es una obra de arte devocional construido por tres piezas, en las que, a lo largo de la historia del arte, se reflejan dos temas iconográficos fundamentales: el nacimiento de Cristo, y, sobre todo, su pasión, muerte y resurrección, representadas en pintura la mayoría de las veces, aunque también, en menor medida, con relieves escultóricos.

Yo os propongo un tríptico de las virtudes, donde las Cofradías y Hermandades de Jaén, con sus titulares, sus imágenes, su idiosincrasia, su historia y sus costumbres, ilustren ese núcleo fundamental de la vida cristiana constituido por la fe, la esperanza y la caridad.

Es como si el sublime poeta giennense Bernardo López, en su poema sobre la catedral, hiciese que se juntaran a los pies del cerro de Santa Catalina, al pie de la cruz, junto con la fe, en vez del arte y la duda, la esperanza y la caridad.

LA FE

El Pregón de la Semana Santa 2013 está teñido por una impronta que lo hace singular. Es el Pregón del Año de la Fe, que la Iglesia está celebrando desde el pasado 11 de octubre, y que se cerrará el próximo 24 de noviembre. Este Año es, en palabras de Benedicto XVI, un momento de gracia, *una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo* (cara apostólica *Porta fidei* 6), que redescubra y revitalice la fe, pues ésta es una realidad dinámica, viva, en continua evolución que busca su madurez. La fe no es cuestión de un momento ni una época, sino *un camino de toda la vida* (*Ibid.*, 1), *un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar*. Por ello, este Año representa una llamada a una profunda renovación interior de la Iglesia en todos sus miembros, y en todas sus ricas realidades, un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe, que nos ayude a los creyentes a proclamar que la fe es razonable, y nosotros mismos redescubramos la alegría de creer volviendo a *encontrar el entusiasmo de comunicar este don* (*Ibid.*, 7). El Año de la Fe es un momento privilegiado para conocer y transmitir mejor la fe (*Ibid.*, 8), y celebrarla, sobre todo en la Eucaristía, *que es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza* (*Ibid.*, 9).

Finalmente, Benedicto XVI nos ha invitado este año a redescubrir y vivir la dimensión comunitaria y eclesial de la fe, superando espiritualidades individualistas,

obsoletas y narcisistas en muchas ocasiones, y redescubrir que somos Iglesia, *Ecclesia*, asamblea convocada para celebrar la fe, anunciar el Evangelio y ejercitar la caridad (cf. *Ibid.*, 10).

Amigo cofrade, cristiano entusiasta de la Semana Santa: a quien te pregunte por qué crees, a quien te interrogue y te diga qué es para ti la fe, dile que no es cuestión de ideas ni palabras vacías, sino un confiado entregarse a un «Tú» que es Dios. Responde alto y fuerte que es un acto con el que te confías libremente a un Dios que es Padre y te ama; es adhesión a un «Tú» que te da esperanza y confianza, porque Dios ha revelado que su amor hacia el hombre, hacia cada uno de nosotros, es un amor sin medida. Proclama bien alto que en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra del modo más luminoso hasta qué punto llega este amor, hasta el don de sí mismo, hasta el sacrificio total.

Cofrades de Jaén, a quien os pregunte por vuestra fe, decirles que es creer en este amor de Dios que no decae frente a la maldad del hombre, frente al mal y la muerte, sino que es capaz de transformar toda forma de esclavitud, ofreciendo la posibilidad de la salvación. Responde a quien os inquiete que la fe es confiarse a Dios con la actitud del niño, quien sabe bien que todas sus dificultades, todos sus problemas están asegurados en el «tú» de la madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos los hombres (cf. Benedicto XVI, audiencia del 24 octubre 2012).

Cofrades y hermanos de Jaén, penitentes y costaleros, mujeres que, rosario en mano, balluceáis con el corazón un avemaría tras otro, con los versos de Bernardo López decid a quien os pregunte, que

*Dios se siente, y no se ve;
ven, lo sentirás en mí.
No ve a Dios, quien loco intenta
sorprenderlo en sus arcanos;
quien en delirios tiranos
la fe y la razón afrenta:
no el que con ansia mezquina
blasfema en horrendo grito,
y quiere de lo infinito
romper la santa cortina...
Ve a Dios, el hombre que en calma
lleva un amor misterioso;
el que mira con reposo*

*la Jerusalén del alma.
El que se levanta fuerte
sobre la materia impura;
el que con planta segura
pisa el trono de la muerte;
el que siente la verdad;
el que a la virtud da flores;
el que lleva en sus dolores
la luz de la eternidad.*

Y esa luz de eternidad de la que habla el poeta, irrumpe rasgadora en la Semana Santa de nuestra ciudad en la mañana del Domingo de Ramos, de la mano de la Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad Franciscana y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús de la Salud entrando en Jerusalén, María Santísima de la Paz, San Pedro, San Juan y Santiago Apóstoles. Con la Borriquilla, el Domingo de Ramos, por las calles de Jaén se esparcen, como los aromas primaverales, gritos de júbilo y fiesta, que evocan la algazara bulliciosa que un día retumbó por las angostas e intrincadas callejuelas de Jerusalén. Es el pórtico de nuestra Semana Santa, que, con el blanco deslumbrante de los trajes de estatutos, como pinceladas níveas de un cuadro de Sorolla, inunda de luz Jaén, la luz de la fe en el profeta de Nazaret que llega a nuestra ciudad. Acompaña al aclamado como Hijo de David un singular cortejo; no viene rodeado de escoltas desafiantes ni su compañía la forman los grandes y poderosos de este mundo. Entra en Jaén rodeado de una muchedumbre de chiquillos y gente sencilla, porque el rey que va a ser entronizado y coronado en el Calvario, no es como los de este mundo. Es poderoso mostrándose pacífico, con esa dulzura mansa que supo imprimir en su rostro la diestra mano de Antonio Dubé de Luque. Jesús de Nazaret aparece en esa nueva Betfagé que es el Egido de Belén, como un soberano montando el animal que usan los más humildes campesinos: una borriquilla, que, además, es prestada, porque ese rey de reyes es pobre, como los pobres de Yahvé. Y sin embargo, la multitud lo aclama, porque eso es lo que sus sencillos corazones buscan: un rey cercano que gobierne sirviendo, que se rebaje hasta la altura de los últimos, de los que no cuentan, de los postergados y marginados de la sociedad. Un rey que, en definitiva, no viva a costa de la vida de los demás, sino que dé vida a sus súbditos con su entrega incondicional, con su muerte redentora. Por eso, en el profeta de Nazaret que entra a lomos de la Borriquilla, también nosotros, necesitados de salvación, descubrimos al salvador, al único que puede dar sentido a nuestra vida y ofrecernos la clave de la felicidad cierta, de la verdadera bienaventuranza. Y como testimonio de

fe, los cofrades de esta Hermandad, con sencillez franciscana, nos invitan también a aclamar al Hijo de David:

Hosanna... Bendito el que viene en nombre del Señor (Mt 21,9) decían los niños. Cantemos con ellos y celebremos hoy la fiesta, no de manera pomposa, sino divina; no sólo llevando en la mano los ramos de palma, sino también en el alma, y blanqueándola más que la nieve. Desvistámonos de toda la mortalidad de esa toga vieja, hecha de pieles, rechazando todo fasto y toda soberbia. El rey de los ángeles viene, no en carros y con ejército, sino montado en un miserable asnillo, para enseñarte a ti a no ser llevado en caballos y mulos, que no tienen entendimiento. Por tanto, cultivemos la humildad con Cristo en nosotros, para subir con él; cantemos himnos con los ángeles, glorifiquémoslo con los niños, gritemos con la multitud... alabemos con los niños y los ancianos, prediquemos con sus discípulos y, a ejemplo de los niños, extendamos los ramos de oliva en el camino de la vida, mortifiquemos nuestra crasa naturaleza y postrémonos en la vía de la misericordia, que dice: Yo soy el camino (Jn 14,6), para que nosotros encontremos misericordia por él y con él (Cirilo de Alejandría, homilía 4 en Éfeso). El próximo Domingo de Ramos, extendamos ante Jesús nuestros corazones en vez de los mantos (Metodio, Oración para el Domingo de Ramos 25).

Jesús se pasea por nuestras calles. Atraviesa nuestras plazas. Pero, ¿lo reconocemos realmente? Hace ya muchos años, siendo arzobispo de Milán, el futuro Papa Pablo VI proclamaba que en nuestro mundo actual Cristo es ese gran desconocido, de quien todos hablan, al que muchos recurren, pero que pocos conocen realmente. Para que sea conocido más y mejor, y la fe en Él crezca, la Hermandad Dominica y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Piedad, año tras año, lo presenta al pueblo de Jaén a través de su imagen titular. ¿Cómo no evocar, en esta preciosa estampa evangélica, el compromiso evangelizador que debe marcar la vida de una Hermandad, de una Cofradía de Pasión? Anunciar a Cristo, predicar a Cristo, siguiendo el carisma originario de los dominicos, Orden de Predicadores. Hacer presente a Jesús de Nazaret en nuestra historia, en el momento en que nos toca vivir, se convierte en una tarea imprescindible en ese gigantesco proceso de la nueva evangelización, al que el beato Juan Pablo II nos invitó con insistencia sabia y paternal. En esa tarea que, como parte de la misión de la Iglesia, es también un aspecto irrenunciable de la vida cofrade, María Santísima de la Estrella, es estrella de la evangelización, guiando el compromiso cofrade para presentar al mundo de hoy la vida y el misterio de Jesús de Nazaret, el Mesías, rechazado, despojado, escarnecido, crucificado.

*Entre insultos soeces, los soldados
 despegan a Jesús de sus vestidos
 arrastrando los restos adheridos,
 reabriendo los surcos coagulados.
 Manan dogma los músculos rasgados
 y un manto rojo oprime sus latidos,
 se concentran en todos sus sentidos
 deserciones y agravios aceptados.
 Con espinas taladran su cabeza
 coronándole rey de los judíos
 y por cetro le entregan una caña.
 Desconcertados ante su nobleza
 le escupen, le apalean, los impíos,
 pues les turba una sensación extraña.
 Circundan su cerebro las espinas,
 le atraviesan agudos pensamientos
 de aflicción. Se resigna a los tormentos
 para salvar las ánimas mezquinas.
 Derrocharán su pan en las esquinas,
 arrancarán su vid y sus sarmientos,
 le agobiarán con súplicas, lamentos,
 le clavarán mil veces las espinas.
 Mas lleva la corona bien ceñida,
 el amor se derrama por su frente
 y sujeta la caña con honor.
 Resiste los puyazos, la embestida
 del desamor, que hiere cruelmente,
 y pide al Padre aumente su valor.
 Las espinas clavadas en su frente
 dañan más en su tierno corazón.
 Agiganta el dolor de su pasión
 la soledad cercándole la mente.
 La tibieza futura del creyente
 le ciñe con perfidia y decepción,
 es difícil sufrir la sinrazón
 del hombre, ante la gloria indiferente.
 Le duele ver su credo incomprendido.
 La frialdad le asquea, le repugna,
 su vértice punzante le conmueve.
 Se ofrece por el mundo descreído.
 Porque a la indiferencia Él impugna,
 será el cordero de la parasceve.*

Jesús es el cordero de la parasceve, de la nueva y definitiva Pascua. En su obra *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI sostiene que en la Última Cena, Jesús y los suyos no comieron el tradicional cordero de la Pascua judía, sino sólo pan y hierbas amargas. Así quiso expresar el Nazareno que Él era el auténtico y nuevo Cordero, que se inmolaría en el sacrificio definitivo de la cruz. Cristo es el Cordero inerme y manso, pacífico y pacificador con su sangre, a quien la Hermandad del Santo Rosario y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Señor de la Pasión lo presenta despojado de sus Vestiduras, provocando con su dolor la Amargura infinita de María Santísima, Madre suya y Madre de la Iglesia. En este año 2013, marcado trágicamente por la aguda crisis económica que padece nuestro mundo, en Jesús Despojado se concentrarán y harán presentes antes nuestros ojos todos los que en este momento histórico han sido despojados. Despojados de su dignidad o de su trabajo; despojados de su vivienda o de los recursos económicos que han formado con el sudor de su frente; despojados de ilusiones y proyectos por la dureza de la vida, el sufrimiento y la enfermedad, y finalmente, como el mismo Jesús, despojados hasta de su propia vida.

Jesús Despojado recuerda en estos difíciles tiempos que la fe en Él debe traducirse de manera operosa y comprometida en la caridad hacia los más necesitados. Esa inexcusable obligación ha centrado, como sabéis, el Mensaje de Benedicto XVI para esta Cuaresma 2013. Fe que no es solidaria, no es fe; sin entrañas de misericordia para hacer nuestras las necesidades de los demás, difícilmente podremos participar realmente en lo que significa la Pasión de Cristo por nosotros. Si como Juan evangelista acogemos a María en nuestra casa, en nuestra intimidad, y no compartimos la Amargura por el dolor de su Hijo, y de los que, desde la Cruz, son también hijos suyos, difícilmente nuestra devoción mariana será auténtica, realmente auténtica.

Porque, queridos cofrades, amigos todos, se trata de buscar la autenticidad. Autenticidad de nuestra fe; autenticidad de nuestra esperanza; autenticidad de nuestra caridad. Y ninguna de las tres virtudes será auténtica en nuestra vida, si no se apoyan en el misterio de la cruz de Cristo. Pero no cualquier cruz. La verdadera cruz. Ése es el mensaje que cada Jueves Santo clama por nuestras calles la Congregación de la Vera Cruz: no hay cristianismo sin cruz; sin la verdadera cruz, no la que nos buscamos por nuestros errores o dislates, o la que reducimos a mero adorno estético, sino la que nos injerta en la hondura del misterio salvador de Cristo. La que nos coloca en Getsemaní, en el Huerto de los Olivos, para que paladeemos la amargura de la oración de Jesús, entretejida con la angustia sombría de la oscuridad de su fe en el Padre en aquel momento supremo, cuando el Salvador saborea anticipadamente el dolor infinito que supone la Redención. La basílica de San Ildefonso se convierte en un Gólgota improvisado, donde la majestuosa imagen de Cristo crucificado, que

allá por 1950 esculpió Domingo Sánchez Mesa, pende de la Vera Cruz ante nuestra mirada, para que de nuestro corazón brote una oración, nazca una plegaria:

*¡Frente que, herida de amor,
te rindes de sufrimientos
sobre el pecho del Señor
como los lirios que, en flor,
tronchan, al paso, los vientos!
Brazos rígidos y yertos,
por tres garfios traspasados
que aquí estáis; por mis pecados
para recibirme, abiertos,
para esperarme, clavados.
¡Cuerpo llagado de amores!
yo te adoro y yo te sigo;
yo, Señor de los señores,
quiero partir tus dolores
subiendo a la cruz contigo.
Quiero en la vida seguirte,
y por sus caminos irte
alabando y bendiciendo,
y bendecirte sufriendo,
y muriendo bendecirte.
Quiero, Señor, en tu encanto
tener mis sentidos presos,
y, unido a tu cuerpo santo,
mojar tu rostro con llanto,
secar tu llanto con besos.*

Y al final de la Pasión, como culminación de la cruz, Jesús muere, no sin antes exhalar sobre el mundo el último aliento de su amor expirando. Lo que es una conclusión trágica, la muerte del Inocente, se convierte en la mejor prueba de que Dios no está ausente de nuestra vida, no es enemigo de nuestra existencia, no nos quita la libertad, ni la fe en Él merma nada de lo que hace grande y hermosa la vida, sino que, por el contrario, es el garante de nuestra grandeza. Esa verdad de la fe cristiana la palpa Jaén en la tarde noche del Jueves Santo gracias al recorrido procesional de la Real Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Expiración, María Santísima de las Siete Palabras y San Juan Evangelista.

Contemplando la hermosa imagen que talló, con casi toda probabilidad, José de Medina allá por 1761, cómo no recordar las siete palabras de Jesús en la cruz, cómo no orar con una de ellas diciendo:

*¡Enséñame, Señor, a perdonar!
Tus brazos en la Cruz, escarnecido,
son un abrazo abierto al que te ha herido,
la ofrenda del Amor sobre el altar.
Llagado, solo y próximo a expirar,
nos legas tu perdón en un gemido,
entregas hasta el último latido,
mas sabes que volveremos a pecar.
¡Enséñame, Señor, a perdonar!
Abre mis brazos ante el enemigo
y enséñame a sufrir mi cruz contigo.
Quiero amar como Tú, quiero olvidar,
decir a quien me hirió: ¡yo te bendigo!
Sólo por Ti, Señor, mi gran amigo.*

Jesús, el Señor, es nuestro gran amigo. Los Padres de la Iglesia, en los primeros siglos del cristianismo, definieron la vida cristiana como *amicitia Christi*: la amistad de Cristo, ser amigos de Cristo. Y en la historia de la Pasión giennense, el pueblo sencillo y fiel ha estrechado lazos inquebrantables de amistad con Jesucristo a través de la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús, a quien rinde culto, junto a su Santísima Madre, la Antigua, Insigne y Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de los Dolores. La fe de generaciones enteras de giennenses en Jesús, desde 1588, se ha hecho ayuda cirenea para llevar la cruz y soportar el dolor, como cantan los versos de la coplilla:

*Pues del humano furor
fuiste, Jesús, abatido,
quien te venera afligido
sienta siempre tu favor.*

Cada madrugada de Viernes Santo, Jaén entero contempla el lento y quedo Vía Crucis de Jesús con su cruz a cuestras por las calles y plazas de nuestra ciudad, y así vuelve a evocar una estampa que está impresa en lo más profundo del alma jaenera.

El Nazareno, encorvado por el peso del madero salvador, avanza quedamente por esa Vía Dolorosa en que se convierte Jaén cada Semana Santa, para revivir el misterio de la Pasión del Señor. Y ante la imagen del único verdaderamente justo condenado a muerte injustamente, los sentimientos más vivos de la conmiseración más auténtica afloran en muchos corazones. Y de las heridas profundas del alma florecen, como ofrenda agradable, súplicas y oraciones que, entrelazadas con los bucles del incienso que buscan el más allá, llevan al cielo los jirones de tantos corazones que contemplan reflejados en Jesús su propio sufrimiento, su angustia personal, su mismo dolor. Y así dice el alma enamorada y devota:

*En esta noche, Jesús Nazareno,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?
¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando a la cruz atado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.
Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen perfecta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.*

LA ESPERANZA

La fe abre a la esperanza. La fe es como el pórtico que da acceso a la segunda de las virtudes: la verde esperanza. Como escribió Charles Péguy, si Dios es digno de fe, más lo es de esperanza, y más, si cabe, en estos tiempos desesperanzados que

nos ha tocado vivir. En palabras de Péguy, la fe que más me gusta -dice Dios- es la Esperanza, una de las tres virtudes teologales, esas piedras sobre las que se cimenta la catedral que es el alma humana, que dan cohesión y sentido a todo el conjunto; que manan de Dios y a Él se refieren directamente.

Cuando hablamos de la esperanza cristiana, no nos referimos al pálido e ingenuo optimismo, que poco o nada tiene que ver con la realidad. Estamos hablando de la certeza de que a pesar de todo, por encima de todo, las cosas irán mejor. No sólo porque sí, sino porque quien lo garantiza es digno de crédito y su actuación en nuestro beneficio es patente. Quien nos lo asegura es Dios.

Como se ha escrito, la Esperanza es virtud que, como las virtudes, cuesta todo y todo lo anima, que reconforta sólo después de escocer. Contra quienes le acusan de que nos recluye en un mundo de vanas ilusiones, la Esperanza responde que ella no consuela mediante el falaz mecanismo de cerrar los ojos a la realidad, sino que abre la percepción a su totalidad. La Esperanza sabe que el hombre sufre, y que se le escapa la vida a borbotones en un ápice por la herida honda que es el dolor. Pero sabe que eso no es todo, que hay más, y que ese más no está más allá sino más acá, tan aquí como la tierra. Connatural al Misterio, Péguy da carne a las virtudes en sus versos: *La Fe es una Esposa fiel. La Caridad es una Madre. Una madre ardiente, toda corazón. O una hermana mayor que es como una madre. La Esperanza es una niña de nada.* Una niña recién nacida que, no obstante, anima a las otras dos más grandes, la Fe y la Caridad, a quienes ésta mueve. Virtud sorprendente y desconcertante, que sorprende y desconcierta al mismo Dios, la Esperanza conduce a los hombres y mujeres de ayer, de hoy y de siempre, de nuevo cada vez, a un lugar del que, incluso antes de ponernos en marcha, sabemos que es decepcionante. Pero no importa, para esa niña lo que vale es el recorrido, el camino, porque somos caminantes. Ella nos libra de la desesperación, cuando lo fácil es desesperar. Ella, en cambio, regalada por la Gracia, mira hacia adelante, hacia ese desconocido y ambiguo "mañana", y logra que el hombre, tan confiado en sus pobres empresas y escasas fuerzas, lo acepte. Es una humilde llama que alumbra la oscuridad que habitamos y que vacilante al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos es inextinguible al soplo de la muerte que atravesará los mundos y los tiempos.

De esperanza deben estar llenas nuestras Hermandades, como lo está la Antigua, Ilustre y Real Cofradía del Santísimo Cristo de la Clemencia, Nuestro Padre Jesús de la Caída, Santa María Magdalena y María Santísima del Mayor Dolor. Esperanza deben transmitir sus cofrades no sólo en el barrio de la Magdalena, sino en toda nuestra ciudad, recordando con un mensaje hecho madera, color y belleza, que la Clemencia de Dios por nosotros es la mejor prenda de esperanza ante nuestras

propias caídas; y que, como le sucedió a la primera testigo de la resurrección, María Magdalena, la experiencia de sentirnos amados por Cristo de manera incondicional ayuda a superar el abismo del mal y del pecado, porque si éste es abundante, más sobreabundante y generosa es siempre la gracia (Rom 5,20).

La gracia de Dios actúa habitualmente en silencio. No le gusta la jácara ni el bullicio, prefiere el lenguaje atronador del silencio, de la soledad sonora, que diría San Juan de la Cruz. Así lo expresa con su estación de penitencia la Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos de Silencio del Santísimo Cristo de la Humildad y María Santísima Madre de Dios. La Esperanza es una palabra que para ser significativa entre tanta palabrería vana y vacía, sólo es articulable desde el silencio.

Anunciando la pasión de Cristo, escribía el profeta Isaías refiriéndose al Mesías: *matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca* (Is 53,7). Jesús no abre la boca; el que es la Palabra, la única palabra que resuena con sentido en la historia de la humanidad enmudece ante el escarnio al que sus torturadores lo someten. Y es que no necesita hablar, porque Él muere por un amor radical, sin medias tintas, y el amor de Dios, visible en la humilde entrega de Jesús, no necesita explicaciones porque quien tiene un corazón limpio y sincero sabe descubrir en la tarde noche del Martes Santo, que ese Jesús que pende en la cruz, ese Cristo que manos anónimas cincelaron con gubia y oración en el siglo XVI, en la cruz entrega su vida por la humanidad entera. Por eso, Jesús humilde no articula palabra, no necesita hablar, porque su entrega es, por sí misma, más elocuente que cualquier discurso humano.

El silencio de Jesús, del Cristo de la Humildad, habla por sí solo. No hay criatura alguna que no se conmueva por su gesto supremo de amor. Por eso, como escribió Romano Guardini, *solamente puede hablar de modo significativo aquél que puede también callar, pues de otro modo sólo son palabrerías; puede callar significativamente aquél que puede también hablar, pues de otro modo sería un mudo. En estos dos misterios vive el hombre; su unidad expresa su esencia [...]. Palabra y silencio son partes de un mismo fenómeno; sólo juntas representan verdaderamente ese conjunto para el que no existe nombre. Se nota en el que habla si viene del silencio o no. Lo que proviene del silencio tiene plenitud y riqueza (...). Sólo en el silencio brota la vida... En la cruz, del silencio del Cristo de la Humildad brota la vida a raudales. Y como prenda de Esperanza, la futura presencia de María Santísima, Madre de Dios, mitigará la inmensa soledad del Hijo en el Calvario.*

El Miércoles Santo, la segunda de las virtudes se viste con túnica y caperuz blancos, que verdea en su capa, cíngulo y bocamangas, para procesionar con la Ilustre Hermandad del Santísimo Sacramento y Cofradía de Nazarenos de Jesús del Perdón, Cristo del Amor en su Prendimiento, María Santísima de la Esperanza, San Pedro y San Juan Apóstoles. Contemplando las imágenes titulares de esta cofradía, he pensado

en ocasiones que el Cristo del Amor en su Prendimiento debería llamarse del Desamor. Cristo del desamor de Judas, que traiciona al Maestro con un beso que camufla su miserable; Cristo del desamor de quien, sin esperanza ante el mal cometido, no cae en la cuenta que el amor de Cristo perdona siempre nuestras alevosías y deserciones, y nos redime de nuestras miserias. El yerro de Judas fue la desesperanza, y nuestros errores son nuestras desesperanzas.

Pero no. La advocación está bien puesta. El amor, aunque esté preso y maniatado, aunque sea calumniado y vituperado, aunque sea golpeado y escupido, es más fuerte que el desamor. Porque el amor misericordioso es más grande que todas las miserias posibles. El amor redentor es liberador de todas nuestras esclavitudes. Y por eso, siempre hay esperanza. Como la que tuvo María, signo de la victoria que sobre cualquier tipo de mal Dios ofrece a la humanidad. María es la Madre de la Esperanza; Madre de nuestra única Esperanza, que es Jesús. Por eso, mientras la contemplamos por las calles de Jaén bajo el cielo protector de su palio, podemos decirle con confianza de hijos:

*María, vida y dulzura,
esperanza nuestra,
pon en los hombres consuelo
y háblales de la esperanza,
que la muerte son tres días
y después triunfa la Pascua;
que Cristo resucitado cambia los lutos en danzas.
Enséñanos, Madre, a vivir en esperanza.
Ilumínanos, Madre, con la verde luz de la esperanza.
Arráiganos, Madre, en la esperanza.
Haznos fuertes, Madre, en tu esperanza.*

Motivos de fuerte Esperanza para la Semana Santa de Jaén son dos nuevas Hermandades, que unen a su juventud el deseo vehemente de enriquecer nuestra Semana mayor fomentando la vida cristiana de sus cofrades con la formación, el culto y el ejercicio de la caridad. Llamadas a ser comunidades vivas, la Hermandad de Jesús de la Caridad ante Caifás, María Santísima de la Salud y San Eufrasio, y la Hermandad Penitencial y Cofradía de Nuestro Divino Redentor Jesús Cautivo en el abandono de sus discípulos, María Santísima de la Trinidad y Santa Isabel de Portugal han ampliado el ya rico abanico del carisma pasionista jaenero.

LA CARIDAD

Como precioso broche, San Pablo concluye el capítulo 13 de su primera carta a los Corintios con estas palabras: *En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor* (13,13). Y quiero yo coronar con el torpe pincel de mi palabra este tríptico de las virtudes con la tercera de ellas, el amor, la caridad, que en palabras del Apóstol es la más grande, porque da sentido y unidad a las dos restantes.

En este mundo donde los conceptos resultan polivalentes, los cristianos tenemos que precisar y tener muy claro qué entendemos por amor, qué es para nosotros la caridad. A nosotros no son los informes sociológicos los que nos ponen en la pista de qué es una realidad. La Palabra de Dios es la que ilumina toda la realidad, haciendo que la contemplemos, desde la perspectiva de Dios, desde la angulatura de la fe, que es el arranque de cualquier acción cristiana sobre una realidad. Y cuando el signo distintivo del cristiano es la caridad, es un concepto que hay que tener claro y preciso. A ello ha ayudado recientemente la carta apostólica de Benedicto XVI *Intima Ecclesiae natura* sobre el servicio de la caridad (11 de noviembre de 2012), sin olvidar que el Papa emérito había iluminado ya esta misma temática en su primera encíclica, *Deus caritas est*.

En aquel documento, Benedicto XVI partía de una cita de la 1ª carta de S. Juan, cita que responde a nuestra pregunta sobre qué es la caridad. Nos dice el evangelista que es una realidad que está más allá de nosotros, fuera de nuestro alcance, porque nos sobrepasa: es la iniciativa de Dios que nos ha amado y continúa amándonos, enviándonos a Jesucristo y dándonos su mismo Espíritu. Un gran pensador cristiano, Sören Kierkegaard, comenta al respecto: *Tú nos amaste primero, Oh Señor. Nosotros hablamos de ti como si nos hubieras amado primero sólo una vez. Sin embargo, continuamente, día tras día, durante toda la vida, tú nos amas primero. Cuando por la mañana me despierto y elevo hacia Ti mi espíritu, Tú eres el primero, tú me amas antes. Si me levanto al alba e inmediatamente elevo hacia Ti mi espíritu y mi oración, tú me precedes, tú ya me has amado antes. Siempre es así. Y nosotros, ingratos, hablamos como si tú nos hubieras amado primero sólo una vez.*

Este sentimiento de sentirse amados, acogidos, redimidos, liberados por Dios de modo gratuito, ejemplar y definitivo, es el que despierta los sentimientos de caridad en nosotros hacia los demás. El mismo S. Juan, en su 1ª carta, nos dice que el amor a Dios está indisolublemente unido al amor a los demás. Si me siento amado por Dios, esa realidad fundante me empuja a amar a los demás. La misma dinámica del amor de Dios no encierra en mí, sino que me empuja a abrirme a los demás y hacerles

partícipes de la riqueza del amor de Dios del que yo soy testigo, el mismo amor que yo he experimentado en mi vida: *Nosotros sabemos qué significa amar a los hermanos, porque Cristo ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si uno tiene de qué vivir y ve un hermano necesitado, pero no tiene compasión y no le ayuda, ¿cómo puede decir: yo amo a Dios? Hijos míos, amemos con hechos, no sólo de palabra, con bellos discursos. El amor verdadero consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos amó primero y nos mandó a su Hijo Jesucristo como propiciación por nuestros pecados. Hijos míos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros* (4, 16-18).

Aquí reside la radical novedad de la caridad cristiana. No se trata de una simple filantropía, de una solidaridad de tejas abajo. Nuestras cofradías y hermandades, que deben mantener el doble objetivo con que arrancaron en sus orígenes: el culto a sus titulares y el ejercicio de la caridad, no pueden contentarse con una caridad horizontalista e intramundana. Como sabéis todos y experimentáis en estos tiempos de crisis económicas, queridos cofrades, la caridad de vuestras Hermandades es ante todo compartir y comunicar una experiencia de gracia, que lucha contra una situación en la que el pecado ha introducido desigualdad, pobreza, marginación, para hacer que reine Dios, y retroceda así todo lo que se opone a los valores del Evangelio. Y si somos capaces de vivir en la caridad, que es la misma vida de Dios, es porque alimentamos esa comunión constantemente con la Eucaristía.

Bien conoce esa íntima relación entre caridad y Eucaristía la Hermandad Sacramental de Jesús Salvador en Santa Cena y María Santísima de la Caridad y la Consolación, pues en sus imágenes titulares se trasluce que sentarse con Jesús en su Última Cena implica asumir la actitud pascual del único Maestro, su modo de ser, de hacer, de entregarse. De esa experiencia de sentarse a la mesa de Cristo nacen actitudes tales como la atención a los pobres, marginados, la conciencia misionera. Por ello, el cortejo procesional de la Santa Cena con todos sus componentes -costaleros y damas ataviadas con la clásica mantilla, músicos, penitentes, hermanos de luz y Junta de Gobierno- todos a una, en la tarde del Domingo de Ramos convierten Jaén en un nuevo cenáculo, en el que Jesús Salvador en su Santa Cena pasea su amor infinito encerrado en el pan partido y en el cáliz que contiene su sangre.

La Semana Santa es el recuerdo del amor de Dios por la humanidad, con un ejercicio de memoria que se hace imagen y color, música y olor, plegaria devota y esfuerzo físico. Cada procesión es entrañar en nuestra ciudad la inmensidad de la misericordia de Dios, como hace cada Lunes Santo la Ilustre y Franciscana Cofradía del Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas. Si, como he afirmado, la caridad es consecuencia de la experiencia del amor de Dios

en nosotros, a ese amor le gusta con predilección revestirse con el traje de la misericordia para venir a nuestro encuentro. Y eso a pesar de que la misericordia, como palabra y como concepto, está como desplazada del lenguaje cotidiano. Es como si no estuviera de moda. Y sin embargo, ¡cuánto necesitamos la misericordia de Dios y la de los hermanos! ¡cuántos necesitan escuchar la 5ª bienaventuranza: *Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!*

Con razón afirmaba el beato Juan Pablo II: *La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia (Dives in misericordia 7)*. Y aunque no esté de moda en nuestro mundo, la misericordia es, sin embargo, la carta de presentación de Dios. Por eso recurre y vertebra la Escritura, desde la creación del mundo por amor (*Vio que todo era bueno*) hasta la consumación final, cuando el Espíritu y la Esposa invocan el señorío de Jesucristo.

Con sencillez y mansedumbre franciscana, la Cofradía de los Estudiantes sigue pregonando este esperanzador anuncio, paseando, como bandera victoriosa, la imagen titular del Stmo. Cristo de las misericordias, que, puesto en la cruz, recuerda que con su desnudez nos ha revestido de su misericordia entrañable.

Cada Miércoles Santo, la Real Hermandad Sacramental y Cofradía de nazarenos del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, Cristo Descendido de la Cruz y Nuestra Señora de las Angustias saca de la Catedral a la calle sus imágenes titulares en solemne cortejo que abre, desde su cruz enhiesta, la imagen del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, la bella escultura que cinceló con mano de artista y corazón de creyente Jacinto Higuera, y ante la que cualquier persona de bien no puede sino balbucear una oración:

*Y Tú, Rey de las bondades,
que mueres por tu bondad
muéstrame con claridad
la Verdad de las verdades
que es sobre toda verdad.
Que mi alma, en Ti prisionera
vaya fuera de su centro
por la vida bullanguera;
que no le lleguen adentro
las algazaras de fuera;
que no ame la poquedad*

*de cosas que, van y vienen;
que adore la austeridad
de estos sentires que tienen
sabores de eternidad;
que no turbe mi conciencia
la opinión del mundo necio;
que aprenda, Señor, la ciencia
de ver con indiferencia
la adulación y el desprecio;
que sienta una dulce herida
de ansia de amor desmedida;
que ame tu Ciencia y tu Luz;
que vaya, en fin, por la vida
como Tú estás en la Cruz:
de sangre los pies cubiertos,
llagadas de amor las manos,
los ojos al mundo muertos,
y los dos brazos abiertos
para todos mis hermanos.
Señor, aunque no merezco
que tu escuches mi quejido;
por la muerte que has sufrido,
escucha lo que te ofrezco
y escucha lo que te pido:
A ofrecerte, Señor, vengo
mi ser, mi vida, mi amor,
mi alegría, mi dolor;
cuanto puedo y cuanto tengo;
cuanto me has dado, Señor.
Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte,
dame una vida serena
y una muerte santa y buena.*

Según la narración evangélica, tras la muerte de Cristo, su cuerpo fue descendido de la cruz por manos piadosas y colocado en una tumba, ante el dolor de su Santísima Madre. Estampa evangélica que revive año tras años, en la macilenta tarde

del Viernes Santo, la Antigua, Insigne, Venerable y Real Congregación del Santo Sepulcro de Cristo y Siervos de la Orden Tercera de Nuestra Señora de los Dolores. Contemplando el corazón de la Virgen transido de dolor, podemos revivir esta escena de la Pasión ayudados por el poeta:

*Esperas el cadáver de tu hijo
amortajado ya con sangre y agua,
envuelto en el temblor del mundo antiguo,
celado por el velo de la Alianza.
Tú aguardas aterida,
mientras cruzan tu mente las espadas
contemplando
su cabeza inclinada,
sus manos extendidas a la muerte
y su carne seráfica
macilenta,
y la orfandad del labio sin parábolas.
En tu glaciación exhaustas golondrinas
quieren abrir sus alas
y elevarse.
Mujer-Madre te ha hecho, tus entrañas
parirán con dolor al hombre nuevo
que nacerá mañana,
y tienes que vivir sobre la tierra
hasta que la semilla esté granada.
Desenclavan a tu hijo.
Presurosa te lanzas y le abrazas.
Su rigidez helada te conmueve,
te haces llama,
se subleva el volcán de tu dulzura
y el fuego por tus besos se derrama.
Apoyada tu frente en sus cabellos
gimes la última nana.
Un suspiro de incienso, un aleluya,
un inconsciente hosanna
se escapa por jirones del relámpago
que te abrasa.*

*José de Arimatea, con permiso
que Pilatos le dio sin pedir nada,
va a enterrar a tu hijo en su sepulcro,
compró una nueva sábana,
y Nicodemo trae una mixtura
de mirra y áloe, para la mortaja.
Con el cortejo fúnebre
te llevan a la tumba, una cueva cercana.
Su cuerpo yerto, exánime,
han vendado con fajas impregnadas
en la olorosa mezcla.
Respetuosos lo envuelven en la sábana.
Por la abertura baja y estrechísima
pasas de la antecámara
al lugar de su solitario lecho,
donde un banco de piedra frío y gris le esperaba.
Le tienden sobre él, su bello rostro
cubren con una tela fina y blanca,
el sudario.
Te vence el desconsuelo y te abalanzas
sintiéndote morir.
Te pesa el alma,
se aferra a la reliquia del amado
en Él está su casa.*

La tradición cristiana siempre ha sabido que si alguien supo vivir con serenidad el drama del Calvario, fue precisamente María, la madre del Condenado, la que engendró al Salvador. Y como parte viva de esa tradición que anualmente actualiza la orfandad de María al pie de la cruz, de la Virgen a la que Dante Alighieri llamó *hija de su Hijo*, la Pontificia y Real Cofradía del Santísimo Cristo Yacente y Siervos de Nuestra Señora de la Soledad nos invita en el día de la muerte del Señor a acompañar el cortejo fúnebre del Nazareno para mitigar el dolor inmenso de su Madre.

En el corazón de María, la mujer de fe recia, de la creyente por excelencia, lucharían sentimientos encontrados. Como madre, ¿cómo no sentir dolor, un dolor inmenso por la injusticia que se cebaba en su Hijo! Como creyente, ¿cómo no afrontar con esperanza un drama tan cruel, sabiendo que tras la cruz vendría la resurrección! Pero en ese torbellino de sentimientos contradictorios, de dolor que como espada fiera traspasa su alma, no hay espectador alguno en el drama del Calvario que asista

con tantas entrañas de compasión y piedad como María. La sinrazón, la injusticia, el dolor se alían para arrancar unas lágrimas, no de desesperación, sino de clemencia y misericordia por el Hijo cuya vida le arrancan con tanta fiereza:

Si María es modelo para el creyente, modelo de fe vivida en el día a día, modelo de esperanza cierta contra la desesperación que produce la muerte, modelo de caridad ardiente que se entrega sin reserva a Dios y a los demás, también es sin duda ejemplo sin igual para vivir el drama de la cruz cuando, inevitablemente, se hace presente en la vida del cristiano, invitándolo a abrazarse al madero salvador de Jesús para que su seguimiento e imitación del Maestro sea más fiel aun. María, que sabe de Dolores y Soledades, supo proclamar, al pie de la cruz, como canta el himno litúrgico, que el dolor es sólo la llave santa que abre la santa puerta que conduce a la resurrección. Ante el desvanecimiento que tanto dolor produce en su corazón, seamos otros Juanes; como el evangelista, acojamos a la que Jesús nos da como Madre al pie de la cruz; tendámosle nuestra mano para que se apoye, y en tierna y solícita cercanía, que el dolor que produce la espada que atraviesa su corazón se clave también en nuestra carne, para que sepamos lo que son los dolores de María:

Pero la flor que en el suelo se vio marchita, ya torna, ya resucita, ya su olor inunda el cielo. Como el grano de trigo enterrado, el cuerpo de Jesús rompe las barreras del sepulcro y despedaza las cadenas de la muerte, de la suya y de la nuestra, con la fuerza de su gloriosa y triunfante resurrección. Es el alegre anuncio que cada mañana del Domingo de Resurrección anuncia gozosa la Cofradía del Señor Resucitado y María Santísima de la Victoria: es el triunfo del amor, de la caridad, sobre la muerte.

No hay gloria sin cruz; no hay dolor que no conduzca a la bienaventuranza; no hay prueba que no produzca recompensa, porque el dolor del Viernes Santo, la soledad del Sábado siguiente, estallan en vida, alegría y gozo en el Domingo de la resurrección del Señor. ¡Qué maravillosa conclusión para nuestra Semana Santa! Como canta el Pregón Pascual, ¡Qué incomparable hermosura y caridad, para rescatar al esclavo, Dios ha entregado a su Hijo, y por su cruz nos ha dado la libertad verdadera! Ése es el gran anuncio que debe resonar en nuestra vida, y que debe llegar con nuestro testimonio, a quienes no se han enterado aún que Jesucristo vive. ¿Por qué nos empeñamos en seguir yendo a su sepulcro, con cara triste, a ungir su cuerpo? ¿Por qué nuestras vidas no transparentan la vida nueva del Resucitado? ¿Por qué razón no vivimos la alegría de la vida nueva que nace del sepulcro de Jesús? Vivir la resurrección tras el drama de la cruz y experimentar su fuerza salvadora debería ser para los que participamos en el misterio pascual, en esta Semana Santa, una consigna como la que hacía suya San Pablo cuando, escribiendo a los Filipenses, les reconocía que todo lo estimaba pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, *para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos* (Flp 3,10).

*Sus fieles seguidores, sus hermanos,
volvieron al cenáculo afligidos,
asustados, temiendo ser cogidos
y recibir la muerte por villanos.
Van a ungir el cadáver con sus manos
las mujeres, ahogando sus plañidos,
no están todos los ritos conseguidos
y piensan que los riesgos no son vanos.
Al llegar al sepulcro se asombraron
por encontrar la piedra removida
y a un ángel que les dice: No está aquí.
Alteradas, corriendo, se alejaron
con el alma exaltada, conmovida,
a ver entre los vivos al Rabbí.
Jesucristo se muestra a las mujeres,
les anuncia su marcha a Galilea,
que lo digan sin miedo a la asamblea,
allí se informarán de sus poderes.
Todos dudan, pues son los pareceres
femeninos, y su dolor sortea,
con locas fantasías, la marea
de impacencias, deseos y querereres.
Juan y Pedro deciden comprobarlo.
Allí estaban los lienzos recogidos
y el sepulcro vacío, abandonado.
Los soldados dispuestos a velarlo
huyeron del lugar, despavoridos,
¡El Mesías había resucitado!*

Y EL TRÍPTICO SE CIERRA

Va siendo hora de ir acabando. Las estampas que forman el magnífico tríptico de fe, esperanza y caridad que representan las cofradías y hermandades de la ciudad de Jaén, con sus desfiles procesionales, nos han presentado visualmente el misterio central de nuestra fe. De esa fe que el Papa Benedicto XVI ha intentado revitalizar en este Año especial dedicado a la primera virtud teologal. Por ello, quiero que sean sus palabras, las palabras del sabio y humilde Pontífice que ha renunciado a la sede

de Pedro por amor a la Iglesia, las que resuenen en este Pregón de la Semana Santa de Jaén 2013:

Estamos en el Año de la fe, que he proclamado para fortalecer precisamente nuestra fe en Dios en un contexto que parece rebajarlo cada vez más a un segundo plano. Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración para recitar a diario por la mañana se dice: "Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias porque me has creado, hecho cristiano..." Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso, que nadie nos puede arrebatar. Por ello demos gracias al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos.

Dios nos ama, dice el Papa emérito, pero espera que también nosotros lo amemos. Y que nuestro amor se convierta en testimonio, como escribía en el pasado mes de noviembre a sus fieles diocesanos el recién elegido Papa Francisco I: *Me atrevo a pensar que en nuestra Iglesia y en nuestros corazones Jesús no golpea para entrar, sino para salir. Lo tenemos muy atado y estamos muy contentitos nosotros con nuestra Iglesia, ¡pero tenéis que llevar a Jesús fuera, a la calle!*

Ésa es la consigna para esta Semana Santa 2013 y para siempre, consigna para cofrades y para todo creyente que quiera vivir con coherencia su fe: ¡hay que llevar a Jesús a la calle, hay que ofrecérselo a los demás! Como ha ocurrido durante siglos en la historia de Jaén, la cruz de Jesús, simbolizada en la que campea airosa en el cerro de Santa Catalina, debe seguir formando parte de ese paisaje espiritual de nuestra ciudad, que ha dado sentido, consuelo y felicidad a la vida de tantas generaciones de giennenses.

En la cruz, ese Dios y ese hombre a la vez, que es Jesucristo, nos acoge y orienta en las encrucijadas de la vida. Esa cruz, supremo signo del amor llevado hasta el extremo, y por eso don y perdón al mismo tiempo, debe ser nuestra estrella orientadora en la noche del tiempo, en estos tiempos gélidos de la fe, en esta época en que Dios parece estar ausente de nuestro mundo y nuestra sociedad. Cruz y amor, cruz y luz han sido sinónimos en nuestra historia, porque Cristo se dejó clavar en el madero salvador para darnos el supremo testimonio de su amor, para invitarnos al perdón y la reconciliación, para enseñarnos a vencer el mal con el bien.

¡Oh Cruz bendita, brilla siempre en la noble tierra de Jaén!

He dicho.